

*Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.*

Rendirse

*a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.*

*Que cuando los espejos, los espías,
azogues, almas cortas, aseguran
que estoy aquí, yo, inmóvil,
con los ojos cerrados y los labios,
negándome al amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad trasvisible es que camino
sin mis pasos, con otros,
allá lejos, y allí
estoy besando flores, luces, hablo.*

*Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos.*

*Que hay otra voz con la que digo cosas
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me quiere con su voz.*

*La vida ¡qué transporte ya!-, ignorancia
de lo que son mis actos, que ella hace,
en que ella vive, doble, suya y mía.*

*Y cuando ella me hable
de un cielo oscuro, de un paisaje blanco,
recordaré*

*estrellas que no vi, que ella miraba
y nieve que nevaba allá en su cielo.*

*Con la extraña delicia de acordarse
de haber tocado lo que no toqué
sino con esas manos que no alcanzo
a coger con las mías, tan distantes.*

*Y todo enajenado podrá el cuerpo
descansar, quieto, muerto ya. Morirse
en la alta confianza*

*de que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
otro ser por detrás de la no muerte.*

Pedro Salinas.

La voz a ti debida